

La Virgen María, “catecismo viviente”

Ángel Castaño Félix

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN ¿Qué lugar tiene la Virgen María en la catequesis? Ella no es una figura meramente ejemplarizante, sea para los responsables de la catequesis, sea para catecúmenos y catequizandos. Tampoco se trata solamente de infundir una piedad mariana en los que son iniciados. Se trata, más bien, de reconocer la presencia personal de María en la vida de la Iglesia, que deja sentir su influencia benéfica estableciendo con los discípulos una relación personal que, en cuanto confiada por Jesús al discípulo, es del todo esencial en una verdadera iniciación cristiana, presencia necesaria para el encuentro y la incorporación de los catecúmenos y catequizandos a Cristo.

PALABRAS CLAVE Paternidad de Dios; Maternidad de la Iglesia; Virgen María, madre y maestra; María y Jesús; María y la Iniciación Cristiana.

SUMMARY *What is the place of Mary in catechetics? For those in charge of catechetics, for catechumens, or those to be catechised, Mary is neither a mere figurehead nor just an example. Nor is it just a question of instilling Marian piety into the initiated. What really matters is the recognition of the personal presence of Mary in the life of the Church and a realisation of her vital influence. This is because Mary established a personal relationship with the disciples confided to her by Jesus through the person of the Apostle John. This personal relationship is absolutely essential in any true Christian initiation; Mary constitutes the necessary presence for an encounter and incorporation in Christ for catechumens and those to be catechised.*

KEYWORDS *Fatherhood of God; the Mother Church; Virgin Mary; Mother and Teacher; Mary and Jesus; Mary and Christian initiation.*

Con este artículo pretendo mostrar que, puesto que la Catequesis de Iniciación Cristiana, es ejercicio de la maternidad de la Iglesia, ésta no puede prescindir de una referencia –no sólo ejemplarizante, sino profundamente personal– a la Virgen María. Ella es, según la Tradición de la Iglesia y el Concilio Vati-

cano II, figura de la Iglesia. No se trata de un estudio exhaustivo ni en cuanto a la totalidad de los elementos ni a las referencias bibliográficas, sino de una introducción a un tema que debería ser estudiado, desarrollado y tenido suficientemente en cuenta por los diversos planes de Iniciación Cristiana¹.

1. FINALIDAD DE LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN: ¿HACER CRISTIANOS?

Comienza a generalizarse la expresión “hacer cristianos” para identificar con ella la finalidad última de la Iniciación Cristiana. Dos referencias podemos encontrar que justifiquen esta formulación. Por un lado, Mt 28,19 (“Id y haced discípulos...”); por otro, un testimonio de la Tradición, Tertuliano, a quien se suele citar como fuente de esta idea.

Si analizamos Mt 28,19 veremos que la equivalencia no es necesariamente exacta. El verbo que suele traducirse por “haced discípulos” es *μαθητεύσατε*. Puede ser también traducido por “enseñad”, como por otra parte hace la Vulgata, que emplea *docete*. La traducción del griego no es, pues, unánime. Por otra parte, la relación maestro-discípulo no queda bien descrita si acudimos al verbo “hacer”. Un maestro no “hace” discípulos, en sentido estricto. Los elige, los llama, los acepta y, una vez ellos han decidido “ser” sus discípulos, entonces los educa, los forma... En cierto modo, puede decirse que durante el proceso de educación y enseñanza los va “haciendo” discípulos suyos, pero sólo a condición de que ellos también “vayan haciéndose”, es decir, vayan acogiendo la enseñanza, aceptando la educación recibida. Es un “hacer” que implica un “hacerse” por parte del destinatario de la acción designada por el verbo. Una acción que no puede pensarse como meramente transitiva. Implica cooperación, reflexividad.

A semejante conclusión podemos llegar si acudimos a Tertuliano. En realidad, son dos los textos en que nuestro autor afirma una idea semejante. El más clásico dice así: *fiunt, non nascuntur christiani*². En *De testimonio animae* leemos: *Non est, quod sciam, christiana, fieri enim, non nascit solet chris-*

1 Con este artículo tengo el honor de contribuir al justo y merecido homenaje al prof. Dr. D. Manuel del Campo, a quien rindo también el testimonio de mi gratitud por el trabajo desempeñado en estos años y por la confianza que ha depositado en mí para tareas que eran de su competencia.

2 TERTULIANO, *Apologeticus adversus gentes* XVIII: PL 1 col. 378B.

*tiana*³. En ambos casos, recurre el mismo verbo, *fio*. En *Apologeticus*, Tertuliano subraya que uno no es cristiano por nacimiento natural. Ser cristiano no es una cualidad dada por la naturaleza. No se recibe de los padres la cualidad de cristiano. En *De testimonio animae*, polemiza con los platonizantes que afirman las ideas innatas en las almas preexistentes. Tertuliano subraya que tampoco el alma es cristiana por sí misma, que no lo es aunque haya sido creada por el mismo Dios, pues su madurez está ligada a su conocimiento, que no es innato, y a su libertad, que se desarrolla en el tiempo.

En ambos textos deja clara una idea: ser cristiano no es una cualidad que el hombre tenga por sí mismo y tampoco puede alcanzar el serlo por sus propios medios. Ese es el sentido del "no se nace cristiano". El verbo que se opone a *nascor*, en ambos textos, es *fio*, cuyo infinitivo es *feri*. Es la forma pasiva de *facio*. Por ello, la traducción más inmediata de *feri* es "ser hecho". Podríamos traducir así la sentencia del *Apologeticus* "Los cristianos no nacen, son hechos".

La pasiva sorprende, aunque no tanto. Hay una cierta similitud entre *nascor* y *feri*. En ambos aparece el matiz de la pasividad. El primero es un verbo deponente. Su traducción es activa, pero su forma es pasiva. Esta peculiaridad expresa bien lo peculiar del nacimiento humano: el que nace es el niño, la criatura que abre el seno de la madre. Pero realmente el niño no "actúa" el nacimiento. La verdadera protagonista del parto es la madre, la que lo "da a luz", la que "hace nacer" al niño. Las otras lenguas romances (el francés, el italiano...) han conservado bien el matiz del latín. En sus verbos compuestos, el auxiliar no es el verbo "haber", sino el "ser", de modo que en francés se dice: *il est né* ("es nacido", aunque al español traduzcamos "ha nacido"). Si, conservando este matiz, volvemos al texto tertuliano tendremos que la madre "hace nacer" al niño, pero no lo "hace cristiano", puesto que no se nace cristiano. El parto natural no comunica al hijo la fe de la madre, si es que ésta la tuviera: una madre cristiana no da a luz a un cristiano, sino a un niño que "será hecho" cristiano después.

Otro matiz de traducción es posible para el verbo *feri*: "hacerse" en el sentido de "llegar a ser". Traducido en este sentido, el ser cristiano se da en el tiempo, como fruto de algo que sucede en la historia. Se "llega a ser" cristiano y en este sentido es uno mismo el que "se hace" cristiano, puesto que a la fe no se llega si no es por la convicción de la propia razón y por la decisión de la propia libertad.

3 *Id.*, *De testimonio animae* I: PL 1, col. 608.

La otra traducción posible es, por tanto: “Los cristianos no nacen, llegan a ser”, matiz que subraya la iniciativa del hombre, el empeño de su voluntad, el proceso de su razón, el cambio de sus costumbres que lo “harán” cristiano.

Que la expresión “hacer cristianos” encuentre fundamento en Mt 28,19 o en Tertuliano no es evidente a primera vista. En cualquier caso, permanecemos en una cierta dificultad: ¿cómo se llega de “ser hecho” cristiano, o de “llegar a ser” cristiano, al activo “hacer cristianos”? ¿En qué sentido las dos primeras expresiones explican y/o modifican la tercera? ¿Es posible realmente mantener la tercera? ¿Y cómo, si es que realmente es posible?

2. LAS ACCIONES DE LA IGLESIA EN LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN CRISTIANA

Me ciño, para esta sección, al *Directorio General para la Catequesis*.

Después de dejar claro que la catequesis es un “momento” del proceso más general de la evangelización, el DGC pasa a presentar cuál es la misión de ese momento específicamente catequético. Se trata de fundamentar la primera adhesión a Jesucristo⁴, la que se ha dado al aceptar el primer anuncio, y de ese modo “estructura la conversión a Jesucristo”⁵. Antes ha dicho que la catequesis “promueve y hace madurar esta conversión inicial, educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana”⁶. La enseñanza y el correlativo aprendizaje de la vida cristiana son una iniciación en la plenitud de la vida cristiana⁷. Pero “iniciar” equivale a “poner los cimientos del edificio de la fe”⁸. Llega a resumir la finalidad de la acción catequética con esta afirmación: “propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe”⁹.

Para el cumplimiento de esta finalidad, la Iglesia “transmite a los catecúmenos y a los catequizandos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe para que aquéllos la hagan suya al profesarla”¹⁰. Lo hace me-

4 Cf. DGC 63.

5 *Ibid.*

6 *Ibid.*, 61.

7 Cf. *Ibid.*, 63.

8 *Ibid.*, 64.

9 *Ibid.*, 66.

10 *Ibid.*

diante un proceso que es "una formación orgánica y sistemática de la fe"¹¹, por medio de una "indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo"¹², que propicie "un auténtico seguimiento de Jesucristo"¹³. Por ello, más que una enseñanza "es un aprendizaje de toda la vida cristiana, una 'iniciación cristiana integral'"¹⁴. El final del párrafo que comento dice así:

Se trata, en efecto, de *educar* en el conocimiento y en la vida de fe, de forma que *el hombre entero*, en sus experiencias más profundas, *se vea fecundado* por la Palabra de Dios. *Se ayudará* así al discípulo de Jesucristo a *transformar* el hombre viejo, a *asumir* sus compromisos bautismales y a *profesar* la fe desde el "corazón"¹⁵.

Hasta aquí vemos que la catequesis de Iniciación tiene, en cierto modo, una función propedéutica: prepara, pone los cimientos, alimenta las raíces, propicia, transmite, forma... Ese proceso prepara al hombre y lo ayuda para que pueda transformar su vida, asumir el compromiso bautismal y profesar la fe. La acción educativa (que ilumina la razón, fortalece la voluntad, educa en el bien, forma en la percepción de la belleza de la verdad y del bien, etc.) no "transforma" al hombre, ayuda a que él *transforme* su vida, en la medida en que *es fecundado* (pasiva) por la Palabra de Dios.

No hay que menospreciar, en absoluto, esta lista de acciones de la catequesis –y de efectos que provocan en el catecúmeno–. Mediante este proceso, el que está siendo iniciado en la experiencia de fe de la Iglesia, se va "haciendo cristiano", en la medida en que va conformando su mente y sus criterios a la Palabra de Dios, va renunciando al pecado y a las viejas costumbres, va aprendiendo a orar y a hacer de la oración el alimento de su vida. ¿Hacia dónde conduce este proceso? Hacia la celebración de la Pascua y la recepción de los sacramentos de la Iniciación Cristiana:

Los que se han convertido a Jesucristo y han sido educados en la fe por la catequesis, al recibir los sacramentos de la iniciación cristiana,

11 *Ibid.*, 67.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*

14 *Ibid.*

15 *Ibid.* Las cursivas son mías.

el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, “son liberados del poder de la tinieblas; muertos, sepultados y resucitados con Cristo; reciben el Espíritu de hijos de adopción; y celebran con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor”¹⁶.

Son, pues, los sacramentos los que, comunicando la gracia, transforman al hombre, lo liberan del pecado incorporándolo al misterio pascual de Cristo y lo hacen “hijo de Dios”, recibiendo el Espíritu. Es, pues, la santa Trinidad quien “hace” cristianos.

Pero... no sin el proceso. En cierto modo, es toda la Iniciación Cristiana, que incluye la celebración de los sacramentos, la que “hace cristianos”. Pero el breve recorrido que hemos hecho nos permite ver que en ese “hacer” hay diferencias importantes y que, por tanto, el uso que hacemos del término encubre cierta analogía. En el “hacer cristianos” de la catequesis, la Iglesia coopera con el Espíritu Santo y ayuda al hombre a ponerse a disposición de la fe, de la Palabra de Dios, de la gracia misma, para que “se haga” docil a la acción de Dios y pueda así “nacer de nuevo”.

El diálogo de Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-36) se ilumina aquí de un modo singular: cuando Jesús invita a su interlocutor a nacer de nuevo para poder ver el Reino de Dios (Jn 3,3), Nicodemo entiende que se trata de volver al seno de la madre (Jn 3,4). Jesús le corrige. Se trata ahora de un nuevo nacimiento, del agua y del Espíritu (Jn 3,5). Cuando Juan escribe el Evangelio, la Iglesia ha comprendido ya que Jesús no hablaba de volver a repetir un parto natural pero que Jesús, al corregir a Nicodemo, no negaba la existencia de un seno maternal para este nuevo nacimiento:

La Iglesia, al transmitir –en la iniciación cristiana– la fe y la vida nueva actúa como madre de los hombres, que engendra a unos hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Precisamente, “porque es madre es también la educadora de nuestra fe”; es madre y maestra al mismo tiempo. Por la catequesis alimenta a sus hijos con su propia fe y los inserta, como miembros, a la familia eclesial. Como buena madre, les ofrece el Evangelio en toda su autenticidad y pureza, que les es dado, al mismo tiempo, como alimento adaptado, cultural-

16 *Ibid.*, 65.

mente enriquecido y como respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano¹⁷.

Este párrafo resulta especialmente importante, especialmente para el propósito que anima este artículo. Llegados a este punto, negando formalmente la expresión de Tertuliano, le damos la razón: los "cristianos" nacen, pero no de sus padres, ni siquiera de la fe de los mismos, sino del Espíritu que los hace hijos de Dios. Los cristianos "son hechos" en la medida en que "son engendrados" por el Padre mediante el Espíritu Santo que los hace hijos en el Hijo, en la comunión de vida y de obediencia de fe en Jesucristo.

Por eso mismo, los documentos de la Iglesia subrayan que la catequesis, especialmente la catequesis de iniciación, es función maternal de la Iglesia. Lo acabamos de leer: la Iglesia es educadora porque es madre... es Madre y Maestra. Otros números del *Directorio* hablan de esta maternidad eclesial que se muestra en la catequesis y que va unida a su cualidad de maestra. Destaco el n. 239, que extrae consecuencias de esta afirmación de principio para el ministerio concreto de los catequistas:

Apoyado en una madurez humana inicial, el ejercicio de la catequesis, constantemente discernido y evaluado, permitirá al catequista crecer en equilibrio afectivo, en sentido crítico, en unidad interior, en capacidad de relación y de diálogo, en espíritu constructivo y en trabajo de equipo. Se procurará, sobre todo, hacerle crecer en el respeto y amor hacia los catecúmenos y catequizandos: "¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre: más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada anunciador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia"¹⁸.

No debe pasarse de largo de esta afirmación última del Directorio. Al fin y al cabo, el proceso educativo sólo tiene fruto –siempre– en la medida en que entre el educador y el educando se abre un vínculo mutuo de afecto, de verdadera amistad. Es este amor el que permite que el educador conozca de verdad al educando, pues el amor lo hace ver y juzgar las cosas, el fondo del

17 *Ibid.*, 80.

18 *Ibid.*, 239.

corazón, con mayor hondura y penetración. Del mismo modo, sólo el amor pone al educando en la debida disposición, la de la acogida sincera, la de la confianza cordial. El amor, además, compenetra a los que se aman, establece entre ellos un cierto vínculo de connaturalidad. Que los catequistas amen a los catecúmenos no viene exigido sólo como un caso más de aplicación del mandamiento nuevo (cf. Jn 15,9). En este caso, es un elemento educativo de primer orden que se convierte, a la vez, en signo de esta generación/regeneración espiritual que es la iniciación en la fe y en la vida cristiana.

3. LA IGLESIA, MADRE Y MAESTRA, PREFIGURADA EN MARÍA

Suele considerarse que una de las mayores –si no la mayor– aportaciones del Concilio Vaticano II a la Mariología ha sido precisamente la de “recuperar” la relación tipológica de María con la Iglesia que estaba presente, de modos diversos, en las primeras tradiciones patrísticas.

Por decirlo con brevedad, el Concilio ve en la madre del Señor, un modelo perfecto de la Iglesia, una figura que, en lo concreto de su existencia, por un lado revela el misterio íntimo de la Iglesia, mientras que lo realiza en sí misma. Es en los nn. 63 y 64 de LG donde se aborda con más detalle lo que acabamos de mencionar:

Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre. Creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios, dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. *Rm* 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno¹⁹.

19. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 63.

La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera²⁰.

El Concilio desarrolla sobre todo la tipología que pone en relación la maternidad y la virginidad. La Iglesia es madre, porque engendra hijos a la vida nueva, y virgen porque lo hace por la fuerza del Espíritu Santo y no fecundada por ningún poder humano. En su maternidad y virginidad, la Iglesia encuentra su modelo más perfecto en María, la madre del Señor, virgen fecunda, madre solícita. Más que modelo, "figura": es decir, en María se realiza y revela la dimensión más íntima de la naturaleza de la Iglesia, lo que ella es en su misterio más profundo. El Concilio no desarrolla tanto la tipología basada en la cualidad-misión de Maestra. Alude a ello muy sutilmente al final del n. 63, al decir que ella coopera con amor materno a la generación y educación de los hijos²¹.

Es justo reconocer, sin embargo, que sobre la Virgen María Maestra hay menos elementos en la Tradición y que es un tema apenas esbozado en los propios documentos del Magisterio eclesial, con una pequeña salvedad de la que hablaremos en seguida.

¿Cuáles pueden ser las razones de esta sobriedad, más que silencio? Sin duda, la relativa escasez de textos neotestamentarios que puedan alumbrar esta reflexión. Sobre la relación de la Virgen María con los discípulos del Señor apenas tenemos elementos: la palabra que dirige a los siervos/discípulos en Caná: "Haced lo que él os diga" (Jn 2,5); el modo en que el discípulo amado la acoge *entre sus cosas propias*, cumpliendo así la voluntad de Jesús (Jn 19,27) y su discreta, pero importante, presencia en el corazón de la primera Iglesia reunida en Pentecostés (Hch 1,14).

20 Cf. *ibid.*, 64.

21 Cf. también JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, 43.

Hay, sin embargo, un filón que no ha sido aún suficientemente explotado, por razones –probablemente– de orden teológico. Se trata de la relación de la Madre con el Hijo durante el tiempo de su educación y formación en Nazaret. La confesión inequívoca de la divinidad de Jesús y de la perfección de su humanidad ha hecho difícil –en muchas ocasiones– explorar el modo en que el Señor hecho niño hubo de ser enseñado e introducido en la vida y en la experiencia de Israel. Esa relación con Jesús no es, en absoluto, neutra o indiferente para nosotros, ni para la consideración de la presencia que la Virgen María puede tener en la catequesis.

Ha sido precisamente Juan Pablo II quien ha abierto una puerta para esta consideración:

Por una vocación singular, ella vio a su Hijo Jesús “crecer en sabiduría, edad y gracia”. En su regazo y luego escuchándola, a lo largo de la vida oculta en Nazaret, este Hijo, que era el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, ha sido formado por ella en el conocimiento humano de las Escrituras y de la historia del designio de Dios sobre su Pueblo, en la adoración al Padre. Por otra parte, ella ha sido la primera de sus discípulos: primera en el tiempo, pues ya al encontrarle en el Templo, recibe de su Hijo adolescente unas lecciones que conserva en su corazón; la primera, sobre todo, porque nadie ha sido enseñado por Dios con tanta profundidad. “Madre y a la vez discípula”, decía de ella san Agustín añadiendo atrevidamente que esto fue para ella más importante que lo otro. No sin razón en el Aula Sinodal se dijo de María que es “un catecismo viviente”, “madre y modelo de los catequistas”²².

No hay ninguna duda de que Juan Pablo II penetra aquí con lucidez en uno de los aspectos de la vida oculta de Jesús. El Maestro pasó también por una fase de aprendizaje, de progresivo descubrimiento de sí mismo en la humanidad asumida. En esos primeros pasos ella estuvo presente de un modo totalmente singular. Creo que este es uno de los aspectos que muestran también la pedagogía de Dios. Un aspecto de la pedagogía de Dios con Israel consistió justamente en el envío –en el tiempo fijado– de los profetas, de todos aquellos que hablaban en su nombre. Lo mismo quiso hacer el Padre con su

22 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, 37.

Hijo: acompañarlo también de una persona adecuada, de alguien capaz de iniciar en la vida, en la oración, en la pertenencia a Israel al tres veces Santo.

Es un dato que la teología contemporánea ha recibido también del Concilio y de la gran tradición mariológica de todo tiempo: en el centro de los misterios de María, está precisamente su maternidad. El n. 61 precisa específicamente este aspecto cuando afirma que ella fue predestinada como Madre del Salvador desde toda la eternidad. Los demás rasgos que definen su persona y su existencia están vinculados a su vocación maternal, la vocación fundante a ser madre de Cristo y la vocación consumada en la maternidad espiritual de todos los hombres:

La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia²³.

Al asumir el Concilio que la maternidad –en su doble dimensión: de Cristo y nuestra– es el eje de la mariología y el verdadero hilo conductor de la entera existencia personal de la madre del Señor, sienta también un cierto principio hermenéutico de los otros dogmas marianos. Todos ellos están en función de la maternidad. Han de interpretarse a la luz de este Misterio. De modo que la virginidad, la total santidad, la plenitud escatológica son todos leídos por el Concilio como preparación a la maternidad o como despliegue de lo que ella significa, tanto en el marco general de la Historia de la Salvación, como en su vida personal.

Volviendo al texto de *Catechesi Tradendae* encontramos algunos ecos de estas afirmaciones conciliares. Porque ella es la primera de los discípulos, la primera porque nadie ha sido enseñado por Dios como ella, es también

23 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* 61.

Madre y es también Maestra. Para hablar de esto sí tenemos datos en el Nuevo Testamento, datos que son además –justamente por la tipología María-Iglesia que el Concilio establece– *ejemplares* para la Iglesia Maestra llamada a engendrar y educar a sus hijos, y para los catequistas que participan de esta noble e importante misión de la Iglesia.

Cuando pensamos en la primera gracia que ella, la madre del Señor, recibe –la de la santidad perfecta no manchada por el pecado original– descubrimos el designio divino de preparar para su Hijo una Maestra del todo adecuada. No olvidemos: la pedagogía divina se muestra en preparar para su pueblo –y ahora para su Hijo– los *pedagogos* adecuados.

Entre las razones que la Tradición ha encontrado para explicar el proceder del Padre al hacer Inmaculada a la Virgen María han destacado siempre dos: la de preparar una digna morada al Señor y –en función de la tipología Eva-María– la de hacer posible un “sí” que recapitule el “no” de Eva, en igualdad de circunstancias, es decir, la ausencia de pecado. Pero creo que Juan Pablo II trae a nuestra conciencia un elemento más: Jesús ha de crecer en un hogar en el que pueda ser acogido en su santidad inmaculada. Jesús es el primero que no conoce el pecado y Dios Padre ha querido preparar para su Hijo, para su educación y formación, una madre que tampoco conoce el pecado y que puede, con la limpieza de su conciencia y la hondura de su corazón, iniciarle y acompañarle en ese camino. Unas líneas de Adrienne von Speyr explican con su habitual profundidad este aspecto:

María, que no conoce el pecado original y José, que está desligado de él, conforman el ambiente social del Hijo en crecimiento. De ambos experimenta lo que es la respuesta a su gracia. Es una experiencia muy lenta y paulatina, que no salta ninguna etapa. Primero conoce a hombres llenos de amor que no saben de ningún pecado. Luego aprende a corresponder a ese amor, es introducido en los pequeños servicios de la vida cotidiana que paulatinamente pueden ser exigidos de los pequeños, los trabajos con los que puede ayudar a sus padres, las alegrías que puede brindarles. Con el pecado entra en contacto fuera de su casa, pues el pecado no entra en su casa. Su hogar es un lugar de luz, de paz en Dios, de vida cristiana escondida en Dios²⁴.

24 ADRIENNE VON SPEYR, “Nazaret”, en: *Id., Obras completas. Ancilla Domini. María en la Redención* (Rafaela, 2005) p. 101.

En la relación educativa de María con Jesús se iluminan fundamentalmente estos dos aspectos esenciales: el amor maternal y la santidad perfecta, que hace que el amor sea más puramente participación del amor del Padre. Esta es la primera clave de una buena pedagogía: el Maestro bueno, el Maestro ideal. Cuando la Iglesia se contempla en María, descubre también que para ser buena Maestra, ha de ser antes buena Madre. Que su "magisterio" transparenta el de Dios si en su maternidad se transparenta también la paternidad del tres veces Santo.

Los demás elementos que encontramos en el NT acerca de la madre del Señor nos muestran –en la carne de alguien que ha vivido y que vive– los rasgos que deben adornar al catequista como adornaron a la Madre y Maestra en relación con Jesús: la escucha de la Palabra de Dios (cf. Lc 1,29-34), la fe viva (cf. Lc 1,38), el asombro ante el don de la vida nueva, la mirada atenta a Cristo que crece (en su seno, en el seno de la Iglesia, en el corazón y la vida de los catecúmenos), la resistencia orante a las dudas y a las incomprendiones (cf. Lc 2,35.48), la intercesión maternal por los hombres (cf. Jn 2,3) el seguimiento de Cristo hasta la Cruz, la radical abnegación y la entrega de sí mismo hasta el extremo (cf. Jn 19,25). Rasgos estos que merecerían un desarrollo más atento. Ella muestra en su vida, aun sin palabras, cómo se escucha la Palabra de Dios, cómo se acoge a Cristo en el propio corazón, cómo se le deja crecer, cómo se le sigue, cómo se superan las pruebas de la fe, cómo se persevera con él en las pruebas... en definitiva, cómo se le conoce y cómo se le ama.

Pero no es sólo su ejemplo el que interesa. No se trata de mera imitación. La propuesta de Juan Pablo II en *Redemptoris Mater* va más lejos. Uno de los temas más queridos de su encíclica mariana es el tema de la *presencia* de María en la vida de Cristo y, correlativamente, de la vida de la Iglesia. Se trata siempre de una presencia personal, íntima, que se verifica en la historia y que se convierte en fuente y origen de influencia positiva, de influjo vital:

La maternidad determina siempre *una relación única e irreplicable* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre*. [...] Se puede afirmar que la maternidad "en el orden de la gracia" mantiene la analogía con cuanto "en el orden de la naturaleza" caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva

maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: “Ahí tienes a tu hijo”²⁵.

La relación de María con cada uno de los discípulos es profundamente personal. En cuanto que fue confiada por Jesús al discípulo (cf. Jn 19,27), ella es un “don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre”. Por eso es preciso cultivar la dimensión mariana de la vida cristiana: forma parte de su verdadera iniciación cristiana y es, justamente, un elemento esencial que garantiza la verdad –y, si se me permite– la total *carnalidad* del proceso de educación en la fe:

Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano: “*La acogió en su casa*”. Así el cristiano, trata de entrar en el radio de acción de aquella “caridad materna”, con la que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo”, “a cuya generación y educación coopera” según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el espíritu, que ha llegado a ser la función de María a los pies de la Cruz y en el cenáculo²⁶.

Esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su *comienzo en Cristo*, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia él*²⁷.

Es esta relación personal del discípulo con María lo que hace de Ella “catecismo viviente”. Todo lo dicho muestra, creo que suficientemente, que el cristocentrismo de la catequesis no puede derivar en cristomonismo ni puede ser excluyente. La catequesis de Iniciación Cristiana, que tiene por finalidad incorporar al catecúmeno al cuerpo de Cristo que es la Iglesia, no puede olvidar a los miembros de ese Cuerpo que ya han abandonado la figura de

25 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, 45.

26 *Ibid.*

27 *Ibid.*, 46.

este mundo y han alcanzado la vida eterna y, mucho menos, aquella que siendo la madre del Señor es miembro eminente de la Iglesia y como madre, mantiene viva su solicitud por ella y por cada uno de sus hijos. No se trata sólo de educar en la catequesis en una adecuada piedad mariana. Se trata reconocer la presencia de María Madre y Maestra y de propiciar el encuentro de los catecúmenos también con la Madre del Señor. Este encuentro hará más profundo, sólido, consistente el encuentro con Cristo y la incorporación a Cristo, que es la finalidad última de la catequesis de Iniciación Cristiana.

